

José-María Poveda

MIKO  
Y EL MISTERIO  
DE LAS CUATRO  
ESQUINAS

© 2023, Miko y el misterio de las cuatro esquinas

© 2023, Alexia Editorial, S. L.

Primera edición: diciembre de 2023

ISBN: 978-84-125526-5-2

Depósito Legal: M-34313-2023

Realización gráfica: Laura Morales Balza

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.



A mis hijas Y. y R.



## **CAPÍTULO UNO**

### **ESTO NO TIENE NOMBRE.**

Así que por fin iba a ser una niña. Su esperado hermanito iba a ser una hermanita. Lo que tenía Miko no era desilusión, era, simplemente, que le costaba cambiar el chip.

Estaba sentado encima de su cama, con la cabeza descansando sobre las palmas de las manos y los codos apoyados en las rodillas. Miko tenía un lío de sentimientos contradictorios y extraños. No sabía qué sentir.

Por un lado, tenía una alegría inmensa por la hermanita que iba a llegar. Por otro lado, le pasaba como con otras grandes ilusiones, que cuando llegan explotan como una gran burbuja de jabón y uno se da cuenta de que lo que realmente molaba era la ilusión de la espera. Como los regalos de los Reyes Magos. Lo chulo era la emoción de ahora, la de antes de Navidad, la de elegir los regalos y escribir la carta, y ver acercarse

la fecha... luego, uno se daba cuenta de que, con el juguete en las manos, tampoco era para tanto.

Algo parecido le pasaba a Miko. Su alegría había sido inmensa y su emoción por saber si iba a ser hermanito o hermanita, inaguantable. Ahora parecía como si la burbuja hubiera explotado. Además, (para qué vamos a engañarnos) su imaginación siempre le mostraba un insuperable partido de fútbol... con un hermanito.

Así que era como si uno se hubiera ilusionado muchísimo con un tren de juguete, y al final los reyes le traían un Scalextric. Que sí, que era incluso mejor que el tren, pero costaba cambiar de idea.

Pero Miko se daba cuenta de que ese era un pensamiento muy egoísta. Al fin y al cabo, la hermanita no venía a hacerle compañía o a completar lo que le faltaba. No era como un regalo de reyes, sino que era parte de la familia, igual que él. Además, Emma, que también era una niña, jugaba genial al fútbol, y Miko pensaba que también, con el tiempo, podría compartir su deporte favorito con...

con...

¿Con quién?...

¿Cómo se iba a llamar la hermanita?

¡Caramba, en eso no había caído Miko!

—¡Mi hermanita no tiene nombre! ¡Parece mentira que a nadie se le ocurran estas cosas! Es que tengo que pensar yo en todo... —a Miko se le puso cara de mayor.

E igual que le pasó con la cunita y el armario hace menos de un mes, también esta vez Miko se puso manos a la obra. Ni corto ni perezoso, echó mano de un cuaderno de espiral que tenía en su estantería, y empezó a escribir de memoria, uno debajo de otro, todos los nombres de chica que le venían a la cabeza. Los fue poniendo, no a renglón seguido, sino uno debajo de otro, y dejando una línea de espacio entre medias, de manera que, cuando terminó, pudo fácilmente recortar el papel en tiras, con un nombre en cada una de ellas.

A continuación, arrugó cada una de las tiras de papel, haciendo una pelotita con cada una, y puso las bolitas de papel dentro de su gorra azul con la inscripción de I♥NY.

Y así, armado con su gorra sujeta por ambas manos y con una sonrisa de oreja a oreja, se presentó en la cocina, donde su madre estaba de pie haciendo la cena.

—¡Coge uno!

—¿Y eso qué es? —su madre volvió la cabeza y miró hacia abajo, donde Miko le ofrecía una gorra llena de bolitas de papel. Ella sonrió, intrigada. — ¿Un juego?

— Tú... coge una y verás. —Miko se puso muy serio, y su madre se quedó un poco cortada, porque pensaba que se trataba de un juego de esos sin importancia que suelen hacer los niños. Pero decidió seguirle la corriente y ponerse seria también.

–Pues muy bien, elijo una...

Ella alargó la mano y removió un poco, como dándole emoción al tema, hasta que tomó una bolita sujetándola elegantemente entre el índice y el pulgar, y la desenvolvió cuidadosamente, con una sonrisa picarona en los labios.

Miko la miraba, y se daba cuenta de lo guapa que era su madre así, mirándola desde abajo, sobre todo cuando ponía esta sonrisa suave y natural, dulce y misteriosa a la vez. Y se daba cuenta de que la quería mucho.

–Pilar. Pone Pilar. –ella miró a Miko extrañada, pero sin perder la sonrisa– Y ahora, ¿qué?

–¿Pilar? ¿Pone Pilar? Ah, pues muy bien. Solucionado.

–¿Solucionado? ¿Qué está solucionado? –ella había vuelto la vista a la cena, que necesitaba removerse un poco para no pegarse. – ¿Quién es Pilar?

–Pero bueno, mamá... si está muy claro: lo que está solucionado es el nombre de la hermanita. Ya está. Pilar. Ya no tenéis que pensarlo más.

Miko pensaba que su madre iba a comentar algo sobre si le gustaba el nombre de Pilar o no, o quizá le iba a decir algo acerca del origen del nombre. También pensaba que quizá le daría las gracias o le alabaría el gesto de haberse preocupado por los problemas familiares, o le diría algo acerca del ingenioso método para elegir el nombre, pero... nada de eso sucedió.



Qué va.

En lugar de ello, Miren empezó a reírse, primero bajito y de forma discreta, tapándose la boca, y luego la mano que tapaba la boca pasó a sujetarse la frente, y la risita pasó a ser una carcajada en toda regla.

Miko no sabía por qué la palabra “Pilar” podría tener tanta gracia. Y se quedó ahí, con las manos sujetando la gorra, la cabeza erguida y los ojos desviados hacia la derecha, como mirando a ningún sitio.

–Pero, hombre, Miko... –su madre se frotó los ojos, secándose las lágrimas que le había provocado la risa– El nombre de una hija no se elige así, al tuntún.

–Oye, que no ha sido al tuntún. Ha sido al azar.

–Bueno, pues eso, al azar. No se deja del todo al azar. Te voy a explicar cómo lo hemos hecho papá y yo.

Como ya había terminado de cocinar, ella fue apagando la vitrocerámica y apartó el cazo a un lado. Luego, apagó también la campana extractora, con lo que se hizo un silencio muy agradable en la cocina. Hay que ver el ruido que hacía este aparato. Cada vez que se apagaba, uno sentía una especie de paz infinita.

Con mucha elegancia, ella se fue desatando el delantal rojo que llevaba puesto, y que resaltaba la tri-pita que ya se iba notando, y se sentó a la mesa de la cocina. Miko también se sentó, puso la gorra también encima de la mesa y la cabeza apoyada en las palmas.

–Mira, la elección de un nombre no es un tema fácil, ¿sabes? Hay parejas que incluso llegan a discutir mucho por este tema –aquí se puso muy seria, e hizo un gesto con la mano, dando a entender que era una locura–. Porque hay que tener en cuenta que un nombre es para toda la vida y marca mucho a una persona.

–¿Cómo que la marca mucho? –aquí Miko elevó la cabeza.

– Bueno, que significa mucho para esa persona. Y para sus padres. La persona se termina identificando con su nombre, por eso hay que pensárselo muy bien.

Miko se acordó entonces de lo que estaban estudiando estos días en la asignatura de religión, ahora que estaban a las puertas del Adviento. Recordaba como tanto en el nacimiento de Jesús como en el de Juan el Bautista, el nombre fue importante. En el de Juan, Miko recordaba aquel episodio de Zacarías que quedó mudo hasta que el nombre de Juan liberó su lengua, y también el de Jesús, en donde el ángel le dijo a San José el nombre que tenía que ponerle. Y, claro, empezó a darse cuenta de lo importante que es el nombre. A Miko siempre le había extrañado que los ángeles que anunciaban el nacimiento les dijeran el nombre, como si los padres no tuvieran ideas ni imaginación ni nada. Menos mal que el profe de religión les explicó cómo en la tradición judía el nombre expresaba todo lo que el padre sentía hacia

su hijo y lo que significaba para él, por eso en la escritura siempre se decía el significado de cada nombre.

–Entonces... ¿no se elige al azar? –dijo Miko, que empezó a jugar con sus manos con los papelitos, viendo que servían de muy poco.

–Bueno, fíjate, la verdad es que sí que se parece un poco a un juego –con esto, su madre se estiró y echó la cabeza hacia atrás para ordenar su larga melena negra–. Tu padre y yo tenemos como un “juego”, para no reñir por el nombre.

–¿Un juego? –Miko abrió mucho los ojos, eso molaba.

–Sí, mira, primero tu padre elige diez nombres que le gustan. De esos diez nombres, yo selecciono los tres que más me gustan, y, de entre esos tres, él termina eligiendo uno.

–¿Y ya habéis elegido?

–Pues sí. Mira, yo he elegido tres que me recuerdan mucho a mi niñez, de sitios a los que tengo cariño: Begoña, Leire y Aranzazu. Los tres son santuarios marianos donde yo estuve de niña, muy bonitos los tres.

–¿Marianos? ¿Qué Marianos?

–Pero, hijo, mariano significa que es de María, o sea, santuarios de la Virgen –su madre sonreía–. Que te lo tengo que explicar todo.

Miko la miraba ladeando un poco la cabeza, porque aquellos nombres le parecían extraños. No feos, pero le parecían nombres poco comunes.

–¿Y papá ha elegido ya?

–Pues sí. Ha elegido Leire, que es un monasterio que está en Navarra y que nos trae muy buenos recuerdos. Íbamos con los abuelos desde Bilbao, no está muy lejos, pasado Pamplona.

–¿Leire? –la cara de Miko estaba entre la extrañeza y la incredulidad.

–Sí, Leire. La hermanita se va a llamar Leire –aquí su madre puso la mejor de sus sonrisas –. ¿No te gusta?

–Parece ser que la cara de Miko era de lo más extraña. Su madre podía leer sorpresa, algo de incompreensión y bastante poca simpatía. Tenía los ojos muy abiertos, las cejas levantadas y la boca arqueada para abajo, con la cabeza como retraída hacia atrás, lo que hacía remarcar la papada.

Pero, por encima de todo, Miko no quería decepcionar a su madre, a la que veía muy ilusionada, así que buscaba una forma educada de decir la verdad sin herir tampoco a los demás, y lo único que le salió, lo había visto decir el sábado anterior en una película de Sherlock Holmes:

–Me... parece... ciertamente inusual, *querido Watson*.

## CAPÍTULO DOS

### EXCAVACIONES ARQUEOLÓGICAS EN UNA MACETA.

Hoy el recreo era distinto. Completamente distinto. Tan distinto, que casi no era recreo. O, al menos, eso es lo que a Miko le parecía.

–Esto no es un recreo, tío. ¡Qué rollo!

La verdad es que exageraba un poco.

Tampoco era para tanto.

No había cambiado ni la gente, ni la hora, ni la duración. Lo único que había cambiado era el sitio. Resulta que su recreo normal era en una pista multideporte, donde se podía jugar al fútbol, al baloncesto, y a casi todo. Y, como esa pista la estaban pintando hoy, tenían que estar en otro patio del colegio. Un patio de cemento, con pabellones a los lados. Un rollo rodeado de cemento.

–¿Y por qué tendrán que pintar la pista precisamente hoy? –se quejó Miko con cara de circunstancias.

–¿Cuándo quieres que la pinten? –le espetó Pacorro, su mejor amigo, que, últimamente, tendía a ponerse un poco del lado de los mayores en las discusiones. Quizá porque empezaba a sentirse ya un poco responsable y mayor, también.

–No sé, tío. El fin de semana, por ejemplo –Miko propinó un zapatazo a una pelotita de papel que había por el suelo.

–¿Pero no te das cuenta que los pintores también tienen que descansar el fin de semana? –Pacorro extendía las palmas de las manos hacia arriba a ambos lados de la cara, para expresar incomprensión.

–Bueno, es verdad, tienes razón, pero aquí hay muy poco sitio, no hay porterías. Y ahora, no nos dejan jugar.

–¿No te dejan jugar? –Pacorro señaló con el pulgar hacia atrás con cierto desprecio, como sin dignarse a mirar.

–Ni a mi, ni a nadie. Dicen que ya han hecho unos equipos muy equilibrados y no quieren admitir a más gente. Además, dicen que el campo es muy pequeño.

A esto no supo qué replicar Pacorro, porque, aunque le gustaba la polémica y ponerse de parte de los mayores, en esto tenía que darle la razón a Miko. Además, la conversación murió porque se les unieron otros de la clase. Eran Samu y Luis, dos buenos amigos.

Para los que aún no habéis leído el anterior episodio de esta serie, "Miko, atrapado en la red", Samu y Luis eran parte del grupo RITA. Luis decía que era un grupo subversivo conspiranoico, y, aunque no sabía lo que significaba eso, se lo había oído a su hermano mayor y sonaba bien. Luis era un chaval espigado y alto, con una mata de pelo rizado negro en todo lo alto. Era un gran deportista, y tenía una agilidad sin límites. Entre lo largo del cuello, el pelo rizado y su velocidad, a Miko siempre le recordaba a un avestruz, aunque no lo decía.

El avestruz de Luis venía acompañado por un pequeño koala de pelo rubio y gafas azules, detrás de las cuales unos ojos azules parecían tan grandes que aparentaban mirarlo todo atentamente.

Era Samu.

El grupo RITA tenía su nombre gracias a Miko, que siempre había oído el dicho "que lo haga Rita" cuando había algo que nadie quería hacer. Y precisamente eso es lo que hacía RITA, ayudar a amigos a quienes nadie ayudaba.

Inicialmente también se había unido al grupo Mario, pero ya no quería ir con ellos, porque riñó con los demás a cuenta de Samu, de quien Mario pensaba que no aportaba nada.

Y, ¿sabéis?, eso era a la vez verdad y mentira. Quizá desde el punto de vista práctico no aportaba mucho,

porque Miko aportaba las ideas más ocurrentes, Luis aportaba la fuerza física de atleta que poseía, mientras que Samu aportaba... bueno, aportaba lo siguiente:

–Hola, chicos. ¿Qué tal? ¿No le dais al balón? –preguntó Luis, rascándose con la mano derecha su mata de pelo rizado.

–¡Que va! –contestó Miko mirando al suelo– Dicen que están muy equilibrados y que ya no juega nadie más.

–O sea, que ya no juega nadie más. *Así de fuerte.* –repitió Samu como un eco.

Y esto, precisamente esto, es lo que hacía Samu.

Todas las veces.

Siempre.

Siempre repetía como un eco lo que había dicho el anterior y luego sentenciaba: “así de fuerte”. Mario decía que no aportaba nada, y Miko decía que aportaba buen humor al equipo. Así que los dos tenían razón, porque, realmente, el mequetrefe de Samu no aportaba realmente nada, pero su sonrisa era muy agradable y hacía todo más divertido, así que... sí que aportaba algo. Miko estaba seguro de que hay cosas que no son materiales pero que valen mucho, como el buen humor en un equipo.

Y Mario opinaba distinto, así que dejó de ir con ellos.

Los demás no se enfadaron con él, pero le pidieron que mantuviera todo en secreto, y Mario lo hizo, por-



que, aunque era un poco egoísta, en el fondo tenía un corazón noble y era hombre de palabra.

Además, desde la historia aquella del buzoneo contrarreloj en la pizzería, se habían sumado al grupo Hugo y también su hermana Emma, que aportaba, especialmente, una inteligencia descomunal. Y si leéis esta historia hasta el final, veréis que, en contra de todo lo que pensaba la gente, Samu sí que aportaba mucho más que su valiosa sonrisa...

Pacorro, el mejor amigo de Miko, en realidad no era miembro de RITA, aunque lo sabía todo y lo mantenía en secreto. De manera que a los demás no les importaba que estuviera presente.

Así que estaban los cuatro en una esquina del patio, subidos a un poyete.

El patio, de forma casi rectangular, tenía cuatro esquinas, y, en cada una de ellas, se encontraba un enorme macetero en donde vertía el desagüe del tejado el agua de la lluvia sobre unas plantas altas y espesas. Los maceteros de cada una de las esquinas estaban elevados sobre unos poyetes en forma de "L" que permitían a los mayores sentarse, y a los pequeños subirse a ellos.

Y allí estaban subidos los cuatro.

No sabían exactamente por qué, pero siempre que tenían que esperar a algo en ese patio, se subían allí.

Quizá porque, desde esa posición privilegiada, se tenía una vista más interesante de todo lo que ocurría en el patio. A Miko le gustaba coger un palito seco de la planta que había y hurgar o dibujar en la tierra del macetero, que era exactamente lo que estaba haciendo en ese momento.

Luis, entonces, se subió también a su lado, haciendo gala de su gran agilidad, porque subió como quien sube un pequeño escalón cuando no lo era: era un señor escalón que Luis subió como una gacela de goma.

–¿Qué haces? ¿Quieres excavar una boca de metro aquí? –bromeó, asomándose al macetero– ¡Vaya boquete!

Miko se asomó también, porque no era consciente de haber excavado tanto. Pero, efectivamente, ahí había un buen agujero. No era muy grande, apenas dejaba entrar el palo que Miko tenía en la mano, pero sí era profundo, bastante profundo. El palo entraba entero, y era casi tan largo como el antebrazo de Miko.

–Pues yo no lo he hecho... –empezó Miko con cara de curiosidad– pero voy a ver si hay algo dentro.

Con cierta dificultad (todos sabemos que Miko era un poco gordito y no especialmente ágil), Miko volvió a subirse al macetero, y, de rodillas sobre él, se apoyó con las manos en la tierra y acercó la cara al agujero para mirar dentro.

–No se ve nada –musitó sin volver la cabeza–. Debe haber sido un bicho.

–Un bicho no hace un agujero así, hombre. –le respondió Pacorro– Esto lo ha hecho alguien.

Miko, entonces, introdujo el palitroque y empezó a hurgar en el agujero cuidadosamente.

–Aquí abajo hay algo que no es tierra. –volvió a susurrar sin volverse.

–¿Es metal? –indagó Luis.

–No, metal no es –contestó Miko, con cara de extrañeza–. Pero tampoco es tierra. Voy a escarbar un poco más.

Y así estuvo Miko un buen rato escarbando en la tierra. Eso sí, se puso de tierra hasta detrás de las orejas. Resulta que tierra, tierra, tampoco era aquello, porque la tierra de las plantas es una tierra negra que tiene bastante estiércol, y cuando ha llovido recientemente, forma un barro negro bastante sucio. Miko ya tenía las rodillas negras, y las manos también, pero al inclinar la cabeza, el flequillo se le caía sobre los ojos, y de apartar el flequillo una y otra vez se había puesto la cara negra como la de un deshollinador. Pero eso Miko no lo sabía. Estaba absolutamente concentrado en su agujero y no percibía nada de lo que pasaba a su alrededor. Por fin se volvió, y con una sonrisa blanca en medio de una cara completamente negra, exclamó:

–¡Premio!

Pero la sonrisa se le heló en los labios, porque lo que se encontró fue a Miss Claire, la profe de inglés, con los brazos en jarra mirando inquisitivamente a Miko y a sus amigos que, al ver la cara de Miko, no pudieron sino estallar en una sonora carcajada.

–¡Miguel! –los profesores a veces le llamaban Miguel, porque es lo que ponía en las listas, aunque sus amigos le llamaban Miko– ¿Tú que haces ahí? ¿Quién te has creído que eres? ¿Un arqueólogo en ciernes?

Miko puso cara de circunstancias y fue bajando del macetero con cuidado. Miraba de soslayo a la profesora, que le observaba con semblante severo, y, pasando por delante de ella, se fue alejando con sus amigos.

–Eres... ¡un arqueólogo en ciernes! –susurró Samu– *Así de fuerte.*

–¿Eso que es? –dijo Miko con la cara negra de barro.

–Bueno... un arqueólogo es alguien que excava buscando restos antiguos –dijo Luis con la mano en la barbilla, porque no estaba muy seguro–. Pero ciernes... no sé si es una ciudad.

–¿Dónde está Ciernes? –le preguntó Luis a Samu, aunque no esperaba mucha más información más allá de que sería *así de fuerte.*

–Ciernes no es ninguna ciudad –afirmó Samu muy serio detrás de sus gafas azules redondas–. Decir que

algo está en ciernes significa que está próximo o que está empezando.

–¡Ah! –se asombró Miko–. Y tú... ¿eso cómo lo sabes?

–Bueno, me suena... me gusta leer mucho. –contestó Samu, algo tímido, con una leve sonrisa.

Y fue entonces cuando Miko se percató de que el pequeño Samu sí que podría aportar algo, o incluso mucho, al grupo de RITA. Era un chico culto, porque leía mucho. Y, como leía mucho, sabía muchas cosas.